



Hoy ha sido la cena de la graduación, son las 3:00 a.m. y estoy cansada, así que decido irme a casa, mientras el resto continúa la fiesta en la discoteca. Al despedirme, una compañera me dice que pida un taxi. Otra comenta que pedir un taxi puede ser peligroso porque no sabes con quién te estás subiendo, y quizá sea un psicópata o un hombre que quiera propasarse. Así que me sugiere que llame a mi padre o a mi novio para que vengan a recogerme; pero no quiero molestarles. La opción de acompañarnos entre nosotras tampoco es una solución, puesto que siempre alguna tendrá que caminar sola al menos parte del camino. Finalmente, les digo que no se preocupen, que no me pasará nada, y que me vendrá bien airearme antes de llegar a casa; aunque dentro de mí soy consciente de que debo de estar alerta. Comienzo a caminar, y cuando dejo atrás las calles concurridas del centro, el único sonido que escucho es el de mis tacones. De repente, empiezo a oír unos pasos tras de mí, aunque todavía alejados; así que decido simular que estoy hablando con mi novio por teléfono, y que vamos a encontrarnos en la siguiente calle. Esos pasos cada vez suenan más cerca, y el corazón se me pone a 100, así que decido voltearme, ¡es otra chica!, respiro aliviada. A continuación doy un rodeo para evitar pasar por el parque donde suele haber grupos de chicos haciendo botellón, y aunque aún me quedan unos minutos para llegar a casa voy preparando las llaves, mientras acelero el paso. Dos calles más y estoy -me digo a mi misma. Por fin, abro la puerta del portal y me relajo, ¡ya estoy en casa! Acto seguido, envío un whatsapp a mis compañeras para avisarles de que he llegado.

Esta situación podría estar sacada del guión de una película de Hitchcock, pero desgraciadamente es una experiencia que la mayoría de mujeres hemos sentido alguna vez; y lo peor de todo, que hemos normalizado, como si tuvieran que ser así y frente a las que hemos desarrollado tácticas de defensa y afrontamiento; algo que a los hombres ni se les ha pasado por la cabeza. Y es que a las mujeres nos siguen educando en la idea de que tenemos altas probabilidades de ser violadas y tenemos que tener cuidado. Y se nos siguen transmitiendo ideas erróneas, como que la mayoría de las agresiones sexuales son cometidas por hombres que la víctima desconoce.

Si bien es cierto que muchas mujeres convivimos con la inseguridad latente ante la amenaza de ser agredidas, sin haber sufrido nunca una agresión sexual; raro es quien no ha tenido que soportar agresiones verbales, miradas o actitudes intimidatorias por parte del sexo contrario. Y esto tiene una consecuencia, que nos sentimos desprotegidas, al sabernos la parte débil y vulnerable de la balanza; y provoca una injusta y pesada carga: el miedo.



Y además, en el caso de que nos ocurra algo en ese contexto, somos juzgadas, siguiendo creencias erróneas asentadas, que implican culpabilizar a la víctima y eximir al agresor. Así por ejemplo, cuando una chica es agredida o desaparece siempre hay alguien que comenta que qué hacía volviendo a casa sola de madrugada, habla sobre la vestimenta que llevaba el día del hecho o si había consumido alcohol, como si algo de eso justificase de algún modo un posible ataque.

La calle, el día y la noche son para disfrute de las personas, y las mujeres tenemos derecho a ocuparlas y vivirlas sin miedo, y esto solo será posible cuando los hombres reflexionen sobre este problema, discutan su implicación contra la violencia machista y actúen en consecuencia.

“No queremos ser valientes, queremos vivir sin miedo”